

# **Economía e información en el área del Mar del Norte (primera mitad del siglo XVII)\***

por Miguel Angel Echevarría Bacigalupe

\* El fundamento de las líneas que van a seguir es básicamente mi Tesis de Doctorado, publicada bajo el título «La Diplomacia Secreta en Flandes, 1598-1643». Aquí se sistematizan aspectos que aparecen separados en diversas partes del libro, con los lógicos añadidos que impone un cambio de perspectivas cuyo origen son reconsideraciones sobre el particular, más la profundización de ciertos aspectos. De ahí que este trabajo no pueda considerarse como un mero resumen de la publicación antes aludida, sino como algo sustancialmente nuevo.



## 1. INTRODUCCIÓN

La información juega, como es sabido, un papel esencial en la vida económica, y muy especialmente durante las épocas de conflictos bélicos. Esto no es una característica exclusiva de los Estados actuales, sino que podemos encontrar muestras notables en tiempos precedentes. A una de esas muestras voy a referirme en el caso del trabajo que ahora presento a la consideración del lector. El ámbito geográfico es dilatado, y no lo es menos la amplitud cronológica; Mar del Norte y primera mitad de la decimoséptima centuria son las coordenadas, como se indica en el título. Para concretar algo más el objetivo que nos guía, es preciso decir que se trata esencialmente de las iniciativas tomadas por la monarquía española en la captación de datos para llevar a cabo lo que suele llamarse guerra económica, dirigida por aquel entonces contra las Provincias Unidas e Inglaterra en una primera instancia, y luego contra el rey de Francia.

El conocimiento de la situación económica (y militar, desde luego, pues ambos aspectos van estrechamente unidos) de los rivales de la monarquía hispánica constituyó una condición indispensable para efectuar numerosas decisiones en esa materia.

La misión de informar corre a cargo de las redes de «inteligencia» (como se las llamaba también en la Edad Moderna) establecidas en los Países Bajos Meridionales, que extendían sus ramificaciones hasta los Estados vecinos. Suele hablarse a menudo del espionaje industrial como la práctica más seguida en el mundo de la información económica secreta; sin embargo, vamos a mostrar que tal afirmación es sólo parcial, ya que en el Antiguo Régimen existió un real y profundo interés por conocer sectores como el del comercio, la moneda, las finanzas, las manufacturas, etc., de los rivales. El espionaje económico es, pues, algo perfectamente conocido y utilizado antes de la Revolución Industrial.

Estas redes de inteligencia que operaban en y desde Flandes quedaban estructuradas por órdenes de Madrid y bajo el control directo del gobierno de Bruselas, sea este último el de los Archiduques o el de los Gobernadores Generales. Existen dos grupos primordialmente: los oficiales, es decir, aquellos que trabajan directamente para el gobierno y la diplomacia españoles ya

que emanan directamente de éstos, y los extraoficiales, que comprenden organizaciones privadas a las que un contrato liga con el Estado. Desde luego, ambas persiguen una finalidad común, aunque hay que decir que las relaciones entre ellas no fueron siempre cordiales, llegándose a veces a una profunda hostilidad que no hacía sino redundar en perjuicio de su tarea. Ejemplo preclaro de todo lo que se está diciendo serán las rivalidades entre los grupos del cardenal de la Cueva o de Ambrosio Spínola por un lado, y la de Diego López Sueyro y su hijo Manuel Sueyro por el otro.

Conocer en detalle el entramado de estas organizaciones de inteligencia es algo difícil por su carácter secreto, pero podemos afirmar que básicamente hay dos tipos de informadores: en primer lugar, el agente, dedicado a funciones específicas de recopilación de datos y ligado con el director de la red mediante contrato; en segundo lugar, el corresponsal, que envía noticias muchas veces por simpatía (no siempre, claro está, pues hay a veces motivaciones más contantes y sonantes), sentimiento que suele vincularse a la comunidad ideológico-religiosa. Ambos grupos se distribuyen, no obstante, en tres categorías.

En primer lugar, los militares, bien del ejército propio (tan variopinto en aquellos siglos, ya que incluía, además de los españoles, a italianos, flamencos, alemanes, etc.) o bien tráfugas de las filas contrarias, sean éstas inglesas, francesas o de las Provincias Unidas. No sólo informan de las fuerzas enemigas por tierra y sobre el mar, sino, lo que es más importante, tratan de llenar de contenido las vagas nociones gubernamentales acerca de la infraestructura viaria, de puertos, canales, etc.; sobre las compañías de comercio holandesas o inglesas; sobre los recursos pesqueros; en fin, sobre cuestiones de parecido tenor. A veces se trata de una información de dudosa calidad, pues eran conscientes de que los holandeses introducían militares en las líneas españolas cuya misión primordial era confundir a las autoridades políticas y a los mandos de los tercios. Existía pues un sumo cuidado a la hora de conceder credibilidad a los tráfugas que aportaban consigo revelaciones, del género que fuese. En todo caso, los oficiales, soldados y marinos que cruzaron las líneas encontraban mayor credibilidad y aun posibilidades de mejoras materiales si llevaban en la cabeza datos sobre fortificaciones, flotas o comercio continental e interoceánico. Cierto es también que por inducción de los agentes infiltrados entre las tropas hispanas, existió una corriente de fugas hacia el bando enemigo, lo cual es de suponer contrarrestaba lo que aportaron militares y marinos de Estados foráneos.

En segundo lugar están los religiosos. Ponderar la gran influencia de éstos en el seno de las inteligencias secretas, excedería los límites de esta breve aportación. Como personas que poseían un nivel cultural más alto que el que solía existir comúnmente, eran bastante solicitados por el Poder. Además, los religiosos gozaban de un gran ascendiente ideológico sobre las gentes, y no

ya sólo, como es obvio, en los países obedientes a Roma, sino incluso en los que contaban con densos y tenaces núcleos de católicos, cual era el caso de las Provincias Unidas. Se trata de miembros del clero regular más que del secular, bien originarios de Flandes, o bien (como en el caso de los militares) de huidos ingleses y holandeses que ponían su esfuerzo para, de esta peculiar manera, contribuir a la victoria de la Contrarreforma.

Pero tal victoria no se llevaba meramente sobre el terreno religioso. Madrid quiere saber aspectos muy diversos referidos a política, economía o milicia, y el clero se prestará con suma dedicación a procurárselos. Entre las órdenes hay que destacar con especial énfasis a los jesuitas, portaestandartes típicos de la reacción contra el protestantismo. En Flandes no podía faltar su presencia, por la proximidad a los calvinistas holandeses; supieron mantener secretamente la llama del catolicismo por medio de sus misiones apostólicas, a pesar de las dificultades con que se desenvolvía su labor. Y al mismo tiempo, enviaron a Madrid y Bruselas multitud de relaciones o avisos. Tras los jesuitas, podríamos citar a los capuchinos, que tuvieron a varios de sus miembros en el servicio de información reservada, donde jugaron un papel de primerísimo orden.

Por último aludiremos a los comerciantes, industriales y hombres de negocios. Desde el punto de vista que atañe a nuestro tema, son los de mayor relevancia, puesto que sus informes suelen referirse muchas veces a materias en relación con la economía. Los agentes de extracción social burguesa poseían múltiples relaciones con amigos y colegas repartidos en diversos países de Europa, y gracias a ellos, Madrid pudo obtener valiosos conocimientos. El Estado se fija en el mercader o el hombre de negocios a causa de las relaciones epistolares de carácter profesional mediante las que se enteraban de todo tipo de detalles con vistas a lograr la rentabilidad más segura posible en los negocios e inversiones. Los beneficios conseguidos por este grupo a cambio de su colaboración eran, sumados a los emolumentos que les correspondían en función de sus actividades informativas, de una índole muy diversa: contratos (asientos) para la provisión de equipo al ejército (vestimenta, armas, etc.); ventajas fiscales, arancelarias o financieras tales como la suscripción lo más ventajosa posible de asientos y juros (todo esto a veces más prometido que cumplido, si hacemos honor a la verdad); pero muchos iban a fin de cuentas detrás de algo muy codiciado por la burguesía del Antiguo Régimen: el paso a un estrato social superior.

La utilización de este colectivo para misiones secretas y de corresponsalía fue permanente durante el siglo. Aparte las cualidades anteriormente citadas, los mercaderes en concreto podían pasar sin trabas de una nación a otra, incluso en tiempo de guerra, cosa que estaba restringida o prácticamente vedada al resto de los grupos sociales. Ninguna frontera se les cerraba; en todo momento se expidieron pasaportes y permisos a comerciantes para introducirse en país enemigo. Prueba de las ventajas de que gozaban los mercaderes era

que muchos agentes se hicieron pasar por tales para transitar con mayor fluidez y seguridad.

En otro orden de cosas, es indispensable citar aquí la participación de las comunidades judías de Flandes y de los Países Bajos rebeldes en los servicios de inteligencia españoles. Ciertamente que se busca su competencia para actividades relacionadas con el comercio o la banca para efectuar lo que más acució en determinadas fases del conflicto hispano-holandés (la guerra económica) pero también se contacta con ellos para atraer el núcleo financiero judío a las necesidades crónicas y urgentes de la Real Hacienda. La mayoría de los hebreos, si no todos, busca en la colaboración con el Rey Católico el modo de hacerse agradables a sus ojos, no sólo para el medro de sus negocios, sino de su consideración social y su rango estamentario. Se corresponde, pues, con la política semita de comprar la tolerancia real por medio de la ayuda financiera y de servicios prestados a la administración hispana.

Todos los agentes vinculados a actividades económicas suelen comunicar sus datos a funcionarios de la Hacienda o a miembros del ejército. Es, desde tal punto de vista, muy notable el papel que los avisos tuvieron en el mejor cumplimiento de la labor de los veedores de comercio en Flandes, quienes a fin de cuentas controlaban la actividad mercantil de los Países Bajos católicos, y ejercían un papel muy próximo al de planificadores de la política económica estatal.

Como último punto de esta introducción, nos queda por comentar el modo con que se financiaron las redes de inteligencia. El agente es pagado mediante el fondo de los gastos secretos. Teóricamente se trata de las sumas que corresponde percibir a los miembros del servicio de información secreta (confidentes y a veces corresponsales). Su control depende del veedor general del ejército. La periodicidad de las cantidades a entregar solía ser mensual, aunque también existieron los abonos semestrales. El medio que utiliza la Veeduría del «Ejército» (y materializan los pagadores) es de costumbre la libranza; en casos más especiales, la letra de cambio, e incluso en ocasiones la entrega en mano sin más formalidades. Por desgracia, los gastos secretos en Flandes adolecen de una acusada falta de regularidad, la cual tiene mucho que ver con las dificultades financieras de la Corona. Por otro lado, no todo este dinero iba destinado a los agentes; con frecuencia solía utilizarse para asignaciones extraordinarias al ejército y a la administración. El volumen de las sumas desembolsadas no parece desdeñable por los datos que poseemos, y sin embargo, las quejas de los confidentes ante los cobros tardíos o no efectuados son moneda frecuente (valga el contraste), tal y como nos muestran las fuentes archivísticas. La despreocupación o confusión, pero ante todo el fraude, el cual está casi institucionalizado en las administraciones de aquella época (y más, comprensiblemente, en momentos de guerra como los de la primera mitad del siglo XVII), están en la base de todas las anomalías detectadas, tanto más cuanto que la naturaleza confidencial de los servicios impedía un conoci-

miento cabal de lo empleado. En efecto, la fórmula más común por la que se asentaban los gastos secretos era la siguiente: «El señor X, criado de Su Majestad, pagó a cierta persona cuyo nombre no conviene declarar, por vía de gastos secretos, la suma de Y florines». ¿A quién y por qué se efectúa tal dispendio? Ese fue el gran y grave problema al que se enfrentaron, sin éxito alguno, los gobernadores generales de los Países obedientes y la misma corte de Madrid. Miles de florines se derrocharon so capa de gastos secretos; no tantos, sin embargo (valga de descargo en lo que vale) como los detraídos por la rapacidad de algunos personajes en la cúpula del poder.

## 2. OBJETIVOS DE LA INFORMACIÓN

Hemos de destacar dos hechos fundamentales: el primero, la existencia de informadores que se dedican a transcribir noticias o secretos captados por medios propios que, enviados al director de la red, se presentan a las autoridades con la mayor rapidez posible. Pero en segundo lugar, existe una serie de encargos a determinados informadores, e incluso iniciativas espontáneas cuyo destino es el asesoramiento al gobierno sobre temas económicos; así, es frecuente la petición de informes sobre la viabilidad de crear una flota en los Países Bajos Meridionales, la fundamentación de una nueva estructura industrial o comercial, la posibilidad de potenciar las comunicaciones marítimas o interiores, etc. No se trata únicamente de reproducir, sino, paralela y complementariamente, de crear. Bajo esta doble óptica consideraremos todo este apartado.

### 2.1. *Comunicaciones, transportes y comercio*

El comercio, como actividad puntera en la economía preindustrial, es el sector sobre el que más se vuelcan la información y los proyectos. Este particular tiene tal amplitud, que se impone la delimitación de las zonas preferenciales dentro del espionaje económico.

Como marco general, aludiré a la política que en comercio pretende llevarse desde la corte española, y a la que se acogen los confidentes con mayor o menor entusiasmo, si bien algunos de éstos son indirectamente creadores, con sus informaciones y sugerencias, de ciertas directrices seguidas por Madrid. La citada política es ciertamente contradictoria. Se alternan las medidas proteccionistas y hasta prohibicionistas con el librecambio (más bien forzado), y ello primordialmente no en función de la coyuntura, sino de intereses económicos contrapuestos. Su origen se centra básicamente en diversos considerandos. El primero es que, por negativo que pueda ser para los intereses hispanos, se hace necesario llevar a cabo una serie de intercambios con el enemigo, en especial las Provincias Unidas. España no olvida que los rebeldes son los transportistas más cualificados de Europa, y que su mediación es absoluta-

mente imprescindible para conectar el norte y el sur del continente. Por lo tanto, la ocasión aconseja en un momento dado cierta permisividad, que se traduce en la llegada de barcos holandeses a la Península y a la concesión de permisos para exportar e importar a los de Flandes y Estados colindantes. Todo lo cual se contrarresta, en otras coyunturas, con fuertes limitaciones y prohibiciones, junto con un aumento de los tipos arancelarios, como el derecho del 30 % *ad valorem* impuesto en 1603 por sugerencia del guipuzcoano Juan de Gauna.

Por otra parte, la presión de los manufactureros y comerciantes flamencos provoca que las autoridades de Bruselas, desobedeciendo al monarca en más de una circunstancia, concedan licencias en plena época restrictiva. Y es que a los vasallos obedientes les interesa más colocar con seguridad sus productos en Amsterdam o Londres que transportarlos a España, con el peligro e inconvenientes que esto lleva consigo, puesto que era del dominio público que el gobierno español se venía mostrando incapaz desde finales del XVI. de mantener expedita la comunicación Mar del Norte-Mediterráneo.

No es de menos peso a la hora de decidirse por una postura tolerante o intransigente la opinión de los sectores mercantiles y productivos de la Península. Si Portugal no parece tener grandes inconvenientes para entenderse con los rebeldes y los católicos, en España el asunto se considera de otro modo. No sólo se temen las importaciones propias o ajenas desde los Países Bajos, sino que ni siquiera se juzga positiva la llegada de mercaderías de Flandes. Así lo expresan la opinión pública (los pañeros tienen que sufrir la competencia de los productos manufacturados de Bélgica) y los tratadistas económicos (Cellorigo, Caxa de Leruela, Moncada); abundan precisamente ejemplos del malestar que existía por este concepto. La solución no era fácil para los gobernantes, pues se trata de vasallos leales, por más que entre los españoles se les considerase prácticamente como a extranjeros. Así, hay sectores que presionan para que se convierta a los Países católicos en un dominio básico, pero dentro del orden exclusivamente militar y estratégico, para mantener y acrecentar la hegemonía española. No obstante, existe un grupo formado por los que creen que el dominio del norte y la Península Ibérica deben formar un todo económico en el que ha de darse una natural división de funciones entre ambas partes. De esta opinión son partidarios los flamencos (es natural que así sea, puesto que beneficiaría sus exportaciones a España basadas en la entrega por parte hispánica de materias primas) e incluso algunos españoles, movidos más bien por intereses de orden fiscal (incremento de las rentas aduaneras fruto del estrechamiento de lazos entre las dos esferas económicas), aun a riesgo de convertir a la «metrópoli» en una especie de «colonia» flamenca.

En este terreno tan ambiguo tienen lugar, pues, las proposiciones e informes tocantes a la infraestructura de las comunicaciones y al comercio.



En cuanto a lo primero (que engloba igualmente al transporte), los servicios de información contactaron con excelentes ingenieros holandeses (rama del saber en la que Flandes había quedado muy atrás) para que se trasladaran a los Países obedientes con el fin de elaborar estudios acerca de la posible mejora de puertos y la creación de canales. Esto fue ampliamente posible en los doce años consecutivos a la tregua de 1609, pero tampoco faltaron especialistas después de 1621 motivados, creo, más por razones ideológicas que por ventajas materiales. Un ejemplo suficientemente explícito lo tenemos con la llegada, en el año 1614, del ingeniero militar Enrique Rol. Tras examinar los puertos de Flandes, emite un informe muy negativo en cuanto a sus posibilidades de ampliación o mejora. Ello no desanimó a las autoridades ya que lo que pretendían más que nada, y el rey apoyaba desde Madrid, era presentar una alternativa al cierre del Escalda por parte de los holandeses, que dejaba inutilizado gravemente el puerto de Amberes. Como desde fines del XVI era una realidad insoslayable que aquélla no tenía futuro como emporio marítimo (a no ser, claro, que se rompiera el estrangulamiento de los rebeldes), era preciso potenciar ciudades como Ostende y muy en especial Dunkerque, a la que se quiere hacer rival nada menos que de Amsterdam. Los planes de mejora portuaria de la villa son relativamente tempranos. El primero de consideración aparece en 1607 por iniciativa de fray Martín del Espíritu Santo, un benedictino portugués al servicio de la red de información en los Países católicos. Luego viene el de Miguel Florencio van Langren, que proyecta la creación de un amplio canal con sus correspondientes esclusas que termine con el aislamiento en que iba quedando Dunkerque a causa de los bajíos arenosos que taponaban la entrada a los muelles y estaban convirtiéndola en una ciudad prácticamente del interior. Un tercer ejemplo lo tenemos en el plan de Felipe de Bruselas (capuchino que usaba igualmente el nombre de Jean-Baptiste Stercq para sus misiones de índole temporal), en el que se consideran diversas mejoras técnicas pero que incluye un proyecto de potenciación mercantil e industrial del que más tarde hablaremos.

Los canales también hallaron eco entre las preocupaciones de la red de información. Se trata de lograr una comunicación en el interior del país que una por un lado a éste con la zona económica francoalemana, y por otro que acerque la red urbana belga entre sí y con los principales puertos. Las dificultades económicas malograron en parte las intenciones de proyectistas y gobernantes.

Siguiendo con las comunicaciones, destacaremos los informes que se dedican a concienciar al gobierno de Bruselas sobre la conveniencia de cortar los ríos y los canales al tráfico rebelde una vez terminada la Tregua de los Doce Años; los resultados de tal política no fueron nada desdeñables.

Entrando ya en el tema concreto de las relaciones mercantiles, la atención de los agentes se centra en varias particularidades vinculadas especialmente con la lucha económica contra el primero de los enemigos de España, que

como se sabe eran las Provincias Unidas. Las organizaciones de inteligencia en Flandes tratarán por todos los medios de romper la solidaridad que de forma tan estrecha vinculaba a los holandeses con Francia o con Inglaterra, y con ello en combinación con los sistemas de información establecidos por los embajadores españoles en París y Londres. La vinculación táctica que ligaba al rey francés con La Haya hacía muy problemático el éxito de la misión, y ciertamente poco se hizo de provecho. Lógico, pues Francia estaba interesada en deshacerse del molesto y peligroso cerco a que le sometían los Habsburgo. Respecto a Inglaterra, las cosas varían algo. En primer lugar, por el entendimiento político que se dio entre Jacob I y Madrid; luego por las rivalidades y celos que comenzaron a surgir entre los ingleses motivados por el excesivo poder económico de las Provincias Unidas (las obras de Thomas Mun son una muestra elocuente); finalmente, por los conflictos internos del reino, que debilitaron su posición en el juego de influencias europeo e hicieron posible una alianza táctica hispano-inglesa, que se tradujo por ejemplo en una serie de empréstitos concedidos al rey Carlos I, en pugna con su Parlamento, o en el permiso de recalar en puertos ingleses a los barcos españoles cargados de dinero con destino a Flandes. Y muchos comerciantes belgas embarcaban sus mercancías hacia España desde Londres o Dover. Todo ello sin obstáculo, por supuesto, de las rivalidades que surgieron temporalmente entre las dos monarquías, y que no siempre hicieron fácil, ni mucho menos, la labor de los agentes.

El intento del espionaje por aislar a los rebeldes del área báltica y unir a la monarquía española con la Hansa y los polacos fue algo menos fructuoso, y eso que tampoco faltaron planes e iniciativas. La alianza con algunos dominios de esa zona no logró contrarrestar la influencia holandesa en aquel ámbito.

La política del bloqueo marítimo no pudo llevarse a cabo por la falta de una flota suficiente, antes bien, fueron los holandeses quienes lo efectuaron. La contrapartida estuvo en la promoción del corso, especialmente desde Dunkerque. La política de embargo fue mucho más efectiva, junto con el ya citado corte de comunicaciones interiores (ríos y canales).

Se luchó denodadamente en el seno de los respectivos servicios por informar a España con prontitud y eficacia acerca de las salidas de buques hacia el Mediterráneo, con el fin de impedirles su llegada. Como puede suponerse, la presencia hispana en el Estrecho de Gibraltar fue una baza de primer orden que Madrid no dejó de utilizar; por desgracia, determinados imperativos como las crisis de granos que azotaron a los países ribereños en el XVII hicieron que el método no fuese todo lo efectivo que hubiera sido de desear.

¿Qué más se podía hacer para arrebatarse a los holandeses su supremacía económica, o al menos para disminuirla? A los agentes se les ocurre que era preciso combatir a las compañías de comercio rebeldes, especialmente a las de Indias (en 1602 se crea la que iba a comerciar con Asia, y en 1621 aparece un consorcio destinado a las relaciones con América). Hasta el año 1607 no

he podido hallar documentos significativos al respecto; anteriormente, sólo he encontrado mención de asociaciones comerciales al estilo tradicional (commendas, por ejemplo), pero un hecho como la creación en 1596 de la Compañía van Verre, o la de la Compañía de Indias Orientales en 1602 pasan —aparentemente— desapercibidas, sin duda porque aún no se conocen las posibilidades económicas que van a tener, sobre todo la segunda. Conforme a los datos que poseo, la actitud de los gobiernos español y belga puede resumirse en tres etapas:

*Hasta 1607:* Prudente espera y, a buen seguro, acopio de información.

*1607-1621:* Preocupación por el éxito inicial de la Compañía de Indias Orientales. Comienzan a aparecer informes, que van a multiplicarse con la tregua de 1609, la cual lleva aparejadas ventajas de orden comercial para los rebeldes. Se dan los primeros intentos de sembrar la discordia en la asociación, aprovechando sus debilidades. Por ello se orquesta, en combinación con algunos socios, una campaña difamatoria en contra del organismo, resaltando las graves lagunas de su sistema de contabilidad (y no les faltaba razón, por cierto), los desfalcos de ciertos miembros, etc. Luego, se vigila que en Asia no se implante una nociva y aún incipiente penetración holandesa que por supuesto sería muy perjudicial a los intereses españoles y portugueses.

*1621 en adelante:* Prosigue con más tenacidad la persecución a la Compañía de Indias Orientales, y desde 1621 a la de las Occidentales, ya sin las trabas que implicaba la tregua. Pero además comienzan a aparecer en Flandes las primeras propuestas de imitación de las formas asociativas entonces en boga tanto en las Provincias Unidas como en Inglaterra.

Las compañías por acciones deslumbran a la vez que preocupan a los españoles. En efecto, para Olivares y para los ministros de Bruselas la solución a la guerra económica no puede pasar únicamente por el apresamiento de barcos o por cerrarse en banda a comerciar con los rebeldes; hay que crear entidades comerciales que traten de contrarrestar el empuje enemigo, a la par que dinamizarían el capitalismo belga y el modesto espíritu de empresa de los españoles. De ahí surgirá el Almirantazgo de los Países Septentrionales (1624), pero también otras realizaciones y proyectos, fruto algunas de los servicios de información. De este modo, citaremos un Almirantazgo en Castilla, Portugal, Flandes e Italia para crear un acercamiento mutuo de las diversas áreas económicas de la monarquía, o bien compañías de comercio para Flandes (1624), para el comercio con las Indias (1662), más una compañía para Ostende (1698). Entre los proyectos más interesantes, resaltaré el aparecido en 1637, obra del padre Felipe de Bruselas. Su finalidad es importar la sal de España, almacenarla y refinarla en Flandes, y comercializarla luego por el área del Mar del Norte y del Báltico, junto con el ámbito terrestre (por ríos y canales, se habría de llegar hasta Alemania), arrebatando este lucrativo negocio a los holandeses.

La cuestión del comercio de la sal era de suma importancia. Los rebeldes la traían de la Península Ibérica en tiempos de permisividad, o de América (Punta de Araya, por ejemplo) en épocas de represión comercial española, a cambio de granos y productos manufacturados. Ello alarmaba lógicamente a Madrid, que sin embargo se veía impotente para abortar el tráfico. Luchar contra ese monopolio del transporte y refinado fue una misión a la que se abocó el servicio de inteligencia, que, sobre la base de estudios económicos, planificó acciones destinadas no ya sólo a privar a los holandeses de sus prerrogativas, sino para traspasarlas a la industria y al comercio de la monarquía.

En los años treinta se dio justamente una coyuntura muy favorable: los precios de la sal caen en Flandes y se elevan en las Provincias Unidas, probablemente, por esta razón: los corsarios de Dunkerque y Ostende dificultan la normal llegada de sal española y portuguesa, traída en grandes cantidades debido a la crisis frumentaria de la Península en aquellos años. Ello elevó el precio de la que llegaba a Amsterdam, a la vez que obligaba a los rebeldes a buscarla en América, elevando los costos. Por otra parte, los Países Bajos se llenan de sal capturada por los corsarios, con lo que los precios sufren un descenso ostensible.

Entonces, ¿por qué no sustituir las operaciones de corso por una relación continua entre Flandes y la Península Ibérica? De ahí que para el padre Felipe de Bruselas fuera necesario crear una compañía para la comercialización de la sal, junto con una poderosa flota, lo que incidiría en la supresión del monopolio holandés sobre el producto, y haría entrar en España y Flandes el trigo a precios más asequibles, en mayores cantidades, y sobre todo, sin intermediarios. Junto con la compañía, de protección real y en la que el soberano suscribiría entre la octava y la cuarta parte del monto, se precisaba construir cuarenta galeones y veinticuatro fragatas tanto para aplicación militar como de transporte. Este plan fracasará por las necesidades apremiantes de la guerra, como ocurrió con muchos otros. Además, exigía una aportación muy amplia de capital, junto con determinadas exigencias en materias primas y tripulaciones que la monarquía no estaba en medida de satisfacer. En todo caso, hay que reconocer al plan el mérito de intentar poner fin al «sobrevivir» de la política española en Flandes (motivado por razones que han quedado expuestas anteriormente y basado en el corso, el sabotaje, y la preeminencia de los intereses militares) por una política de potenciación económica; en resumen, es el paso de una agresividad bastante incoherente a una política económica coherente.

Hasta aquí el comercio. Pero no es ni mucho menos la única preocupación de los agentes al servicio de España. Veamos otras facetas dignas de su atención.

## 2.2. *La moneda*

La información primordial se refiere a la saca de las buenas monedas de oro y plata a través de los puertos españoles y portugueses, y de la entrada

de vellón falso. Por lo tanto, es un aspecto parcialmente vinculado al comercial.

El monarca pide nombres y apellidos de los que trafican con moneda; son generalmente judíos que aprovechan su parentesco con los conversos de la Península, además de comerciantes holandeses que comercian con Portugal y España, en especial con el norte. Así, las quejas contra Bilbao, por poner una muestra, son muy frecuentes; en efecto, se acusaba a la capital vasca de ser el portillo de salida de los escudos y los reales.

Aunque no poseemos relaciones (al menos, hasta ahora me ha sido imposible encontrar siquiera una), existieron listas, enviadas por los confidentes, en las que se ofrecían datos completos de comerciantes y falsificadores que se dedicaban a transportar numerario, junto con los métodos utilizados. Pero era un mal tan difundido, que a las autoridades españolas les fue imposible atajarlo, ni aun con las mayores penas. En primer lugar por la profusión de vellones, y después porque se hacía indispensable comerciar con los holandeses para la provisión de granos, jarcias, productos del metal, textiles, etc., lo que implicaba una balanza negativa y una constante exportación de oro y plata. Las medidas tenían que caer necesariamente por su base.

### 2.3. *Las finanzas*

La Real Hacienda va a tratar, desde los primeros años del reinado de Felipe III, de conectar con los hombres de negocios de los Países Bajos Meridionales para la provisión de asientos y la suscripción de juros, costumbre heredada del Prudente que continuará su hijo. En una época como esta primera mitad del XVII, durante la que se afirma el poder de la banca judía, la llamada a los conversos de Flandes, puente de unión con sus amigos, socios y hermanos de las Provincias Unidas, se hacen cada vez más usuales. Los agentes de origen burgués (como los Sueyro) sirvieron a la creación de ese puente, que fue utilizado para aliviar las necesidades hacendísticas del rey de España, muy en especial desde 1621. Además, invirtieron capitales en diversas producciones americanas como la caña de azúcar, según asesoramiento del núcleo de Amberes.

### 2.4. *Las manufacturas*

El sur conoció un descalabro económico de magnitud con la emigración de gentes especializadas en la producción manufacturera hacia las Provincias rebeldes, Francia, Inglaterra o Alemania. Se trata entonces de hacer volver a tantos huidos como sea posible. Aunque algunos retornaron, el clima económico de Holanda era mejor: provisión fácil (en líneas generales) de materias primas y altos sueldos les desanimaban a emprender el regreso. La vuelta se efectuaba muchas veces en calidad de residentes ocasionales, factores mercantiles o representantes industriales de entidades holandesas, tratando de dirigir

la exportación de materias primas y bienes manufacturados hacia las Provincias Unidas, donde serían objeto de comercialización.

Como desde España prevalecía la táctica de utilizar a Flandes a modo de plataforma militar contra los enemigos de la monarquía, se entorpeció con ello el normal desarrollo de las actividades productoras y distribuidoras, con frecuentes problemas para la exportación, tal y como quedó apuntado más arriba. Por otro lado, recordemos la aversión que existía en la Península contra las manufacturas flamencas.

La construcción naval se encontraba entre los sectores más atendidos por la política industrial en los Países Bajos Meridionales. A este respecto, los agentes avisan del increíble ritmo holandés en la botadura de barcos. Se hace lo que se puede para imitarlos, pero los objetivos sólo se lograron en parte: Madrid detraía los barcos para la carrera de Indias o para el Mediterráneo; únicamente las armadas particulares de Ostende y Dunkerque cumplieron un cierto papel en el Mar del Norte, especialmente por sus actividades de corso contra holandeses e ingleses.

Si bien se reconoce la supremacía rebelde en el agua, como un remedio parcial son propuestas por parte de los confidentes varias medidas con el fin de aumentar la construcción naval en Flandes, especialmente en el puerto de Dunkerque: tal es el plan de Felipe de Bruselas (1637) para la creación de los cuarenta galeones y las veinticuatro fragatas aludidos en otro apartado. Su misión consistía fundamentalmente en perturbar el comercio holandés y crear a la vez unas bases para la reconstrucción económica en los Países obedientes; además del transporte y refinado de la sal, uno de los pilares más señalados de la reactivación habría de ser la botadura de navíos.

### 2.5. *El sector pesquero*

El objetivo primordial en dicha actividad tiende a perturbar una de las principales fuentes de ingresos de la industria holandesa: la pesca del arenque, seguida de la flota que solía dirigirse a Groenlandia en busca de cetáceos. El arenque era pues una de las principales exportaciones de las provincias rebeldes, y ocupaba a buena parte de su población activa, especialmente la de Holanda y Zelanda; caso de perturbar esa pesca, se quebraría una primordial fuente de recursos. Los agentes informaban periódicamente del número de navíos que se hacía a la mar, con el fin de que las flotas de Dunkerque y de Ostende realizaran campañas de destrucción de redes y barcos; así se efectuaron varias. El éxito solía acompañar a estos ataques, aunque la flota no pudo realizarles tan asiduamente como para impedir que los rebeldes pudieran recuperarse. De ello se quejan precisamente algunos informadores en sus relaciones.

### 2.6. *El sabotaje. La acción de corso*

Muy relacionados con lo precedente por razones obvias. El servicio de inteligencia se encargaba de sabotear los barcos que zarpaban hacia el Brasil

o las Indias Orientales; además se destruyeron barcos destinados a la pesca, instalaciones industriales, etc. Los resultados no fueron boyantes salvo en la pesca, por ser muy estrecha la vigilancia holandesa.

De mayor repercusión fue la política de corso, un remedio clásico para los países pobres, llevada a cabo desde los puertos libres en determinados momentos y condiciones del cerco enemigo. Tal práctica hizo perder fuertes sumas a los holandeses en concepto de barcos y mercancías, lo que aumentó los fletes y encareció el precio final de ciertos productos (véase el caso de la sal).

Pero este medio no tuvo a fin de cuentas resultados apreciables ni perturbó el desarrollo económico holandés de forma sustancial, porque, entre otras cosas, este «terrorismo económico» era de base defensiva, y porque los holandeses supieron replicar a los ataques con un incremento de la construcción naval, del volumen de sus intercambios, y del cerco a Flandes.

### 3. LOS AGENTES Y EL ARBITRISMO

Sin duda puede afirmarse que existió una estrecha relación entre los informes de los confidentes y corresponsales con el fenómeno del arbitrismo, entendiendo el término en su acepción más amplia. Desde la época de Felipe III arreció un tipo de literatura que buscaba grandes remedios para los grandes males de la república. A los proyectos que remitían los informadores puede aplicárseles el calificativo general de arbitrios, es decir, hubo planes fundados y coherentes, algunos de los cuales se pusieron en práctica, y otros quedaron arrinconados por su falta de realismo en los archivos de la administración. Los responsables de los órganos de inteligencia solían seleccionar los avisos y proposiciones de sus subordinados y de particulares, de ahí que no abunden las quimeras entre el material que se remitía a Madrid y a Bruselas. En el peor de los casos, se transmite la «traza» del proyectista advirtiendo de su más que dudosa puesta a punto. Por ello, en el mundo de la economía-ficción, tan extendido durante el siglo XVII, no suelen tener cabida los planes de los agentes, si bien es cierto que muchos de ellos no van tanto a remediar los grandes defectos estructurales como a proponer soluciones particulares a problemas perfectamente delimitados. Además, la fantasía desacredita al informante y puede con facilidad hundir su carrera al servicio del rey, por lo que se pone un sumo cuidado en el envío de los secretos.

### 4. REPERCUSIÓN DE LOS ÓRGANOS DE INTELIGENCIA EN LAS DECISIONES ECONÓMICAS DE LA MONARQUÍA

En 1627, Felipe IV declaraba a su tía Isabel Clara Eugenia en una de sus misivas que estaba dispuesto a conceder hasta Estados enteros a aquél o aquéllos que pudieran acabar con los holandeses por medios secretos. ¿Hasta qué punto las esperanzas del soberano se vieron cumplidas?

Es difícil calificar de manera global las informaciones contenidas en los avisos y memoriales de los confidentes y allegados. Debemos, en todo caso, separar la cuestión en dos vertientes: los asuntos de carácter particular y los temas generales.

Por asuntos de carácter particular entendemos la dedicación a tareas como las salidas de barcos hacia la Península, Asia, América, etc.; el soborno de accionistas y miembros de los consejos de administración de las compañías de Indias; listas de monederos falsos; sabotaje de barcos que van a la pesca del arenque; en fin, actividades limitadas por lo tanto en ambiciones y en repercusiones. Aquí podemos hablar de triunfos, y no pocos.

La trascendencia del espionaje económico en los asuntos de un orden más amplio es algo que deja bastante que desear. Y no es que la culpa (por hablar así) haya que imputársela totalmente a los informadores; ellos realizaron misiones por encima de su deber y aun de sus posibilidades financieras (más de uno tuvo que empeñarse con frecuencia para cumplir con el servicio real). El problema es que para acabar con el predominio holandés, objetivo número uno de todos ellos, habría sido preciso un cambio estructural en la política, la economía y aún la sociedad españolas de tal envergadura, que una serie de informes, por bien razonados que estuviesen, poco podían hacer. No sería lógico pensar por nuestra parte que iban a ser los agentes quienes cambiarían el rumbo de los acontecimientos con sus solas fuerzas. El rey y sus ministros escuchaban y prometían, pero no hacían —o no podían hacer— lo suficiente. Y si tratadistas de prestigio muy allegados a la corte fracasaron en la tarea de imponer soluciones a la desastrosa coyuntura de las actividades económicas, ¿qué podían conseguir gentes que a los ojos de muchos tienen un rango ínfimo precisamente por las tareas a que se dedicaban? Gusta imaginar que más de un informador se consolaba pensando que tan poco caso se le hacía a él como al particular o cortesano de más influencia o prestigio; sea lo que fuere, la preocupación por el declinar de la monarquía en su lucha por el poder hegemónico es algo presente a lo largo de la correspondencia de los Sueyro, del padre Felipe de Bruselas, de los agentes de Spínola y de los Gobernadores Generales. Ello les ensalza y compensa, en parte, la escasa receptividad de sus propuestas.

De todos modos, no seamos demasiado exigentes. Todos los países tuvieron sus fallos —poseemos testimonios de los servicios de información holandeses en el sentido de que no eran capaces de mantener una estricta reserva en sus misiones—, y aún podrían aducirse ejemplos de lugares y épocas ulteriores. Además, para terminar, quiero traer a consideración lo que opinaban el monarca y su Consejo de Estado: según ellos, aunque sólo una pequeña parte de los avisos que se les enviaban fueran acertados, ella por sí sola compensaba ampliamente el tiempo y el dinero dedicados a mantener la red de información. Si los órganos políticos se conformaban con eso, no seremos nosotros quienes vayamos a enmendarles la plana.